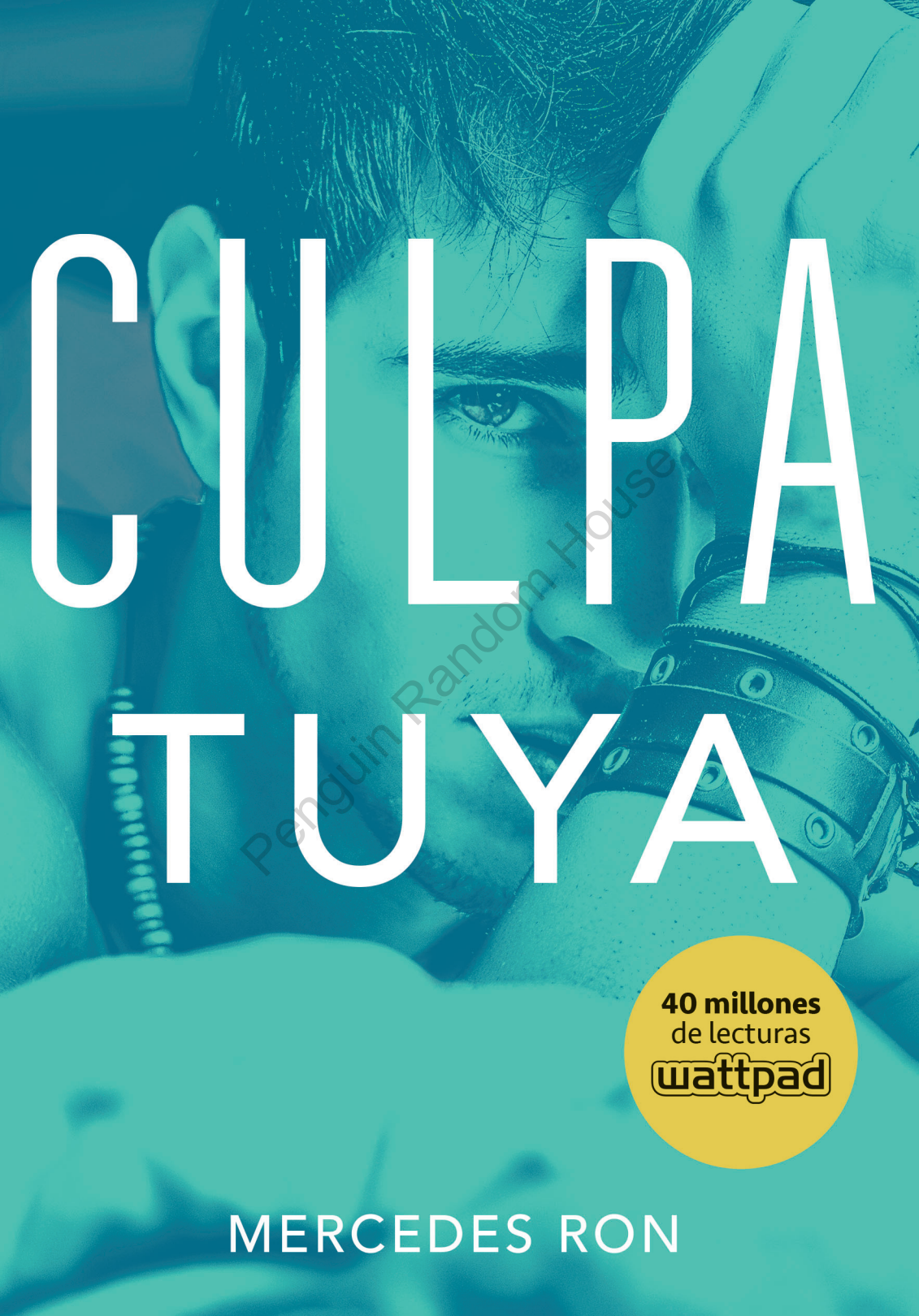




CULPA TU YA

40 millones
de lecturas
wattpad

MERCEDES RON

NOAH

Por fin cumplía dieciocho años.

Aún recordaba cómo once meses atrás contaba los días para que por fin pudiese ser mayor de edad, tomar mis propias decisiones y largarme corriendo de ese lugar. Obviamente, las cosas ya no eran como hace once meses. Todo había cambiado tanto que parecía increíble incluso pensarlo. No solo había terminado por acostumbrarme a vivir aquí, sino que ahora no me veía viviendo en otra parte que no fuese esta ciudad. Había conseguido hacerme un hueco en mi instituto y también en la familia con la que me había tocado vivir.

Todos los obstáculos que había tenido que ir superando —no solo en estos meses, sino desde que había nacido— me habían convertido en una persona más fuerte, o al menos eso creía. Habían pasado muchas cosas, no todas buenas, pero me quedaba con la mejor: Nicholas. ¿Quién iba a decir que terminaría enamorándome de él? Pues estaba tan locamente enamorada que me dolía el corazón. Habíamos tenido que aprender a conocernos, aprender a subsistir como pareja, y no era fácil, era algo en lo que trabajábamos todos los días. Ambos teníamos personalidades que chocaban a menudo y Nick no era una persona fácil de llevar, pero lo quería con locura.

Por ese motivo estaba más triste que contenta ante la inminente fiesta de mi cumpleaños. Nick no iba a estar. Hacía dos semanas que no lo veía, se había pasado los últimos meses viajando a San Francisco... le quedaba un año para terminar la carrera y él había aprovechado cada una de las muchas puertas que le había abierto su padre. Lejos quedaba el Nick que se metía

en problemas; ahora era distinto: había madurado conmigo, había mejorado, aunque mi miedo era que en cualquier momento su antiguo yo volviese a salir a la luz.

Me observé en el espejo. Me había recogido el pelo en un moño flojo en lo alto de la cabeza, aunque elegante y perfecto para llevarlo con el vestido blanco que mi madre y Will me habían regalado por mi cumpleaños. Mi madre se había vuelto loca con la fiesta que había organizado. Según ella, esta sería su última oportunidad de representar su papel, puesto que en una semana me graduaba en el instituto y poco después me mudaba a la universidad. Había mandado solicitudes a muchas universidades, pero finalmente me había decantado por la UCLA de Los Ángeles. Ya había tenido demasiados cambios y demasiadas mudanzas, no quería largarme a otra ciudad y, menos aún, alejarme de Nick. Él estaba en esa misma universidad y aunque sabía que lo más probable era que terminara trasladándose a San Francisco para trabajar en la nueva empresa de su padre, decidí que ya me preocuparía por eso más tarde: aún quedaba mucho tiempo y no quería deprimirme.

Me levanté del tocador y antes de ponerme el vestido, mis ojos se fijaron en la cicatriz de mi estómago. Uno de mis dedos acarició aquella parte de mi piel que estaría dañada y marcada de por vida, y sentí un escalofrío. El estruendo del disparo que acabó con la vida de mi padre resonó entonces en mi cabeza y tuve que respirar hondo para no perder la compostura. No había hablado con nadie de mis pesadillas ni del miedo que sentía cada vez que pensaba en lo ocurrido, ni cómo mi corazón se disparaba enloquecido irremediabilmente cuando un estruendo demasiado fuerte sonaba cerca de mí. No quería admitir que mi padre había vuelto a causarme un trauma, bastante tenía ya con no poder quedarme a oscuras a no ser que fuese con Nick a mi lado... No pensaba admitir que ya no podía dormir tranquilamente, ni que no podía dejar de pensar en mi padre muerto justo a mi lado, ni en cómo su sangre salpicando mi rostro me había convertido en una loca. Eran cosas que me guardaba para mí: no quería que nadie supiese que estaba más traumatizada que antes, que mi vida seguía presa por los miedos

que aquel hombre me había ocasionado. Mi madre, en cambio, estaba más tranquila que en toda su vida, puesto que aquel miedo que siempre había intentado ocultar había desaparecido; ahora era completamente feliz con su marido: ya era libre. A mí, por el contrario, me quedaba un largo camino por recorrer.

—¿Aún no te has vestido? —me preguntó entonces aquella voz que me hacía reír a carcajadas casi todos los días.

Me volví hacia Jenna y una sonrisa apareció en mi rostro. Mi mejor amiga estaba espectacular, como siempre. Hacía poco que se había cortado su larga melena y ahora lo llevaba a la altura de los hombros. Había insistido en que yo hiciese lo mismo, pero yo sabía que a Nick le encantaba mi pelo largo, así que lo había dejado tal cual. Ya me llegaba casi hasta la cintura, pero me gustaba tal como estaba.

—¿Te he dicho ya lo mucho que admiro tu culo respingón? —me soltó adelantándose y dándome una palmadita en el trasero.

—Estás loca —repuse cogiendo mi vestido y pasándomelo por la cabeza. Jenna se acercó a la caja fuerte, justo debajo de donde estaban los zapatos. No tenía ni la combinación ni nada porque no la utilizaba, pero desde que Jenna la había descubierto le había dado por guardar en ella todo tipo de cosas.

Solté una carcajada cuando sacó una botella de champán y dos copas.

—Brindemos por tu mayoría de edad —propuso sirviendo las copas y tendiéndome una. Sonreí; sabía que si mi madre me viera me mataría, pero, al fin y al cabo, era mi cumpleaños y tenía que celebrarlo, ¿no?

—Por nosotras —agregué yo.

Brindamos y nos llevamos la copa a los labios. Estaba riquísimo, tenía que estarlo —era una botella de Cristal y costaba más de trescientos dólares—, pero Jenna lo hacía todo a lo grande, estaba acostumbrada a ese tipo de lujos y nunca le había faltado de nada.

—Ese vestido es impresionante —declaró observándome embobada.

Sonreí y me observé en el espejo. El vestido era precioso, blanco, ajustado al cuerpo, y con un encaje delicado que me llegaba hasta las muñecas

dejando entrever mi piel clara en distintos dibujos geométricos. Los zapatos también eran increíbles y me hacían estar casi a la misma altura que Jenna. Ella iba con un vestido corto de vuelo de color burdeos.

—Abajo hay un montón de gente —anunció dejando su copa de champán junto a la mía. Yo hice lo contrario: la cogí y me bebí todo el líquido burbujeante de un solo trago.

—¡No me digas! —exclamé, poniéndome nerviosa. De repente, me faltaba el aire. Aquel vestido era demasiado apretado, no me dejaba respirar con libertad.

Jenna me observó y sonrió de forma cómplice.

—¿De qué te ríes? —repliqué, envidiándola por no tener que pasar por aquello.

—De nada, es que sé cómo odias este tipo de cosas, pero tranquila —contestó acercándose a mi oreja—; yo estoy aquí para asegurarme de que lo pasamos en grande —añadió sonriendo y besándome en la mejilla.

Le sonreí agradecida. Quizá mi novio se perdería mi cumpleaños, pero al menos tendría a mi mejor amiga a mi lado.

—¿Bajamos? —me propuso entonces acomodándose el vestido.

—¡Qué remedio!

Habían transformado todo el jardín. Mi madre se había vuelto loca; alquiló una carpa blanca que habían colocado en el jardín. Esta albergaba, además de un montón de globos, muchas mesas redondas de color rosa y vistosas sillas, entre las cuales se movían camareros con chaquetas y pajarita. En un extremo del espacio, se servían bebidas en una barra y, asimismo, sobre mesas largas había numerosas bandejas con todo tipo de comida que había suministrado un catering. Esto no me pegaba nada, pero sabía que mi madre siempre había querido organizarme una fiesta de cumpleaños así, siempre había bromeado con mis dieciocho años y mi traslado a la universidad, habíamos jugado a imaginar las cosas que contrataríamos en la fiesta si nos

tocaba la lotería y... ¡al final nos había tocado! Aquello era pasarse de la raya.

Cuando aparecí en el jardín todos me gritaron feliz cumpleaños al unísono, como si no hubiese sabido que estaban todos allí esperándome. Mi madre se me acercó y me dio un gran abrazo.

—¡Felicidades, Noah! —dijo estrechándome con fuerza. La abracé y vi aturrida cómo tras ella se creaba una cola para desearme feliz cumpleaños. Habían acudido todos mis amigos del colegio, junto con muchos padres de los que mi madre se había hecho amiga y también muchos de nuestros vecinos y amigos de William. Me puse tan nerviosa que, inconscientemente, mi mirada empezó a buscar a Nicholas por el jardín: solo él conseguiría calmarme. Sin embargo, no había ni rastro de él... Ya lo sabía, no iba a venir, estaba en otra ciudad, no lo vería hasta al cabo de una semana, para mi graduación, pero una pequeña parte de mí aún esperaba verlo entre toda aquella gente.

Estuve saludando a los invitados más de una hora hasta que finalmente Jenna se acercó a mí para arrastrarme hasta la barra de bebidas. Había dos zonas, una para los menores de veintiún años y otra para los padres.

—Tienes tu propio cóctel —me comunicó soltando una risa.

—Mi madre ha terminado por perder la cabeza —comenté mientras un camarero nos servía mi cóctel. El chico me observó y sonrió intentando no soltar una carcajada. Genial, seguro que pensaba que era una esnob.

Cuando vi la bebida, casi me da algo. Era una copa de martini con un líquido de color rosa chillón con azúcar de colores pegada por el borde y una fresa decorativa en uno de los lados. Atada en la parte baja de la copa había un lacito con un 18 hecho con pequeñas perlas de color blanco.

—Le falta el toque especial —apuntó Jenna sacando una petaca a escondidas y echando alcohol en nuestras copas. A este ritmo, iba a tener que controlarme si no quería ponerme como una cuba antes de medianoche.

Un disc-jockey bastante bueno estaba pinchando todo tipo de música y mis amigos ya estaban bailando como posesos. La fiesta era un éxito.

Jenna me había arrastrado a bailar con ella y ambas estábamos pegando saltos como locas. Estaba muerta de calor: el verano se encontraba a la vuelta de la esquina y se notaba.

Lion nos observaba atentamente desde un lado de la pista. Estaba apoyado en una de las columnas y se fijaba en cómo Jenna movía el culo con frenesí. Me reí y, ya cansada, dejé a Jenna bailando con los demás.

—¿Te aburres, Lion? —pregunté deteniéndome a su lado.

Él me sonrió divertido, aunque vi que algo lo preocupaba. Sus ojos seguían fijos en Jenna.

—Felicidades, por cierto —dijo, ya que aún no había tenido la oportunidad de verlo a solas. Me parecía raro verlo allí sin Nick. Lion no conocía mucho a los de nuestra clase; Lion y Nick nos sacaban cinco años a Jenna y a mí, y se notaba la diferencia de edad. Los de mi clase eran bastante más inmaduros que ellos dos y era normal que no quisiesen venir con nosotras cuando salíamos con nuestros amigos.

—Gracias —respondí—. ¿Sabes algo de Nick? —pregunté sintiendo un pinchazo en el estómago. Aún no me había llamado ni mandado ningún mensaje.

—Ayer me comentó que estaba hasta arriba de trabajo, que en el bufete apenas le dejan ir a comer, pero le faltó tiempo para decirme que no te quitara los ojos de encima —agregó mirándome y sonriendo.

—Tus ojos sí que parecen estar fijos en una persona en particular —afirmé viendo cómo miraba de nuevo a Jenna. Esta se volvió en aquel instante y una sonrisa de verdadera felicidad apareció en su rostro. Estaba enamoradísima de Lion, cuando se quedaba a dormir aquí nos quedábamos horas hablando sobre lo afortunadas que éramos de habernos enamorado de dos chicos que eran íntimos amigos. Sabía de primera mano que Jenna no iba a querer a nadie que no fuese él y me encantaba pensar que Lion estaba igual de pillado que ella. En este tiempo había terminado por adorar a Jenna, era de verdad mi mejor amiga, la quería muchísimo, había estado ahí siempre que la había necesitado y me había hecho comprender cómo debía ser de verdad una amiga; no era celosa, ni manipuladora ni rencorosa como

había sido Beth en Canadá y, por supuesto, sabía que era incapaz de hacerme daño, al menos intencionadamente.

Ella se acercó a nosotros y le dio un sonoro beso a Lion. Él la sujetó con cariño y yo me aparté de ellos poniéndome triste de repente. Echaba de menos a Nick, quería que estuviese aquí, le necesitaba. Volví a mirar mi teléfono y nada, no había ninguna llamada ni ningún mensaje suyo. Estaba empezando a molestarme, no le llevaría nada más que unos segundos mandarme un mensaje. ¿Qué demonios le ocurría?

Me acerqué a la barra, donde un barman servía copas a los pocos mayores de veintiún años que aún quedaban por allí. Era el mismo que antes se había encargado de servir mis cócteles con la ayuda de otra camarera.

Me senté a la barra y lo observé, planteándome cómo camelármelo para que me sirviera una copa.

—¿Sería mucho pedir que me sirvieras algo que no sea rosa y que tenga alcohol? —le comenté, sabiendo que me iba a mandar a Dios sabe dónde.

Para mi sorpresa sonrió y tras asegurarse que nadie lo veía sacó un vaso de chupito y lo rellenó con un líquido blanco.

—¿Tequila? —pregunté sonriendo.

—Si preguntan, yo no he sido —contestó mirando hacia otro lado.

Me ref y me llevé rápidamente el chupito a los labios. El trago me quemó la garganta, pero estaba realmente bueno.

Me volví y vi a Jenna arrastrando a Lion a una esquina a oscuras. Me estaba entrando depresión de ver a mis amigos abrazados y besándose.

«Maldito seas, Nicholas Leister, por no desaparecer de mi cabeza ni un segundo del día.»

—¿Uno más? —propuse al camarero; sabía que estaba abusando, pero era mi fiesta, me merecía tomar lo que quisiese, ¿no?

Iba a bebérmelo cuando, de repente, una mano apareció de la nada, deteniéndome y arrebatándomelo.

—Creo que ya has bebido suficiente —aseveró una voz.

Esa voz.

Levanté la mirada y ahí estaba él: Nick. Ataviado con camisa y pantalón

nes de vestir, con su pelo oscuro ligeramente despeinado y sus ojos celestes brillando con una emoción contenida, misteriosa y, al mismo tiempo, rebotante de felicidad.

—¡Dios mío! —exclamé llevándome las manos a la boca. Una sonrisa apareció en su rostro, *mi sonrisa*. Salté a sus brazos un segundo después—. ¡Has venido! —grité con mi mejilla apoyada en la suya, apretujándolo contra mí, percibiendo su olor, sintiéndome entera otra vez.

Me estrechó con fuerza; por fin podía respirar. Estaba allí, ¡oh, Dios mío!, estaba allí conmigo.

—Te he echado de menos, pecas —me confesó al oído para después tirar de mi cabeza hacia atrás y posar sus labios sobre los míos.

Sentí cómo mis terminaciones nerviosas se despertaban, hacía catorce largos días que no sentía su boca contra la mía, ni sus manos sobre mi cuerpo.

Me apartó y sus ojos recorrieron mi cuerpo con avidez.

—Estás preciosa —musitó con voz ronca, colocando sus manos en mi cintura y apretándome contra él.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando controlar las ganas que tenía de seguir besándolo. Sabía que no podíamos hacer nada, estábamos rodeados de gente y nuestros padres rondaban por allí... Me puse nerviosa.

—No pensaba perderme tu cumpleaños —aseguró y sus ojos volvieron a desviarse a mi cuerpo. Notaba cómo la electricidad surgía entre los dos. Nunca habíamos pasado tanto tiempo separados, por lo menos desde que empezamos a salir. Me había acostumbrado a tenerle conmigo casi todos los días.

—¿Cómo has conseguido venir? —inquirí contra su pecho. No quería dejar de abrazarlo.

—Mejor no preguntes —respondió besándome en lo alto de la cabeza. Olí su perfume y cerré los ojos extasiada.

—Bonita fiesta —dijo riéndose.

Me separé de su pecho y lo miré con mala cara.

—No ha sido idea mía.

—Lo sé —aseguró con una gran sonrisa.

Sentí que mi corazón se hinchaba de felicidad. Había echado de menos aquella sonrisa.

—¿Quieres probar mi cóctel a la Noah? —dije volviéndome hacia el barman, que me oyó y puso manos a la obra.

—¿Tienes tu propio cóctel, pecas? —preguntó frunciendo el ceño cuando el barman le sirvió el líquido rosa, fresa incluida, y se lo tendió unos segundos después.

Se lo quedó mirando con una expresión que me hizo reír.

—Supongo que tendré que probarlo...

El pobre se lo bebió entero sin rechistar, y eso que sabía a chuche derretida.

Mi sonrisa de felicidad no me cabía en el rostro y él se contagió de mi alegría. Su mano tiró de mí y sus labios fueron directos a mi oreja. Me rozó apenas la piel sensible de mi cuello y sentí que me moría ante ese simple contacto de su boca sobre mi piel.

—Necesito estar dentro de ti —me soltó entonces.

Me temblaron las piernas.

—Aquí no podemos —contesté en un susurro, intentando controlar mi nerviosismo.

—¿Confías en mí? —preguntó entonces.

¿Qué pregunta tonta era esa? No había nadie en quien confiase más.

Lo miré a los ojos, esa era mi respuesta.

Sonrió de esa forma que me volvía loca.

—Espérame en la parte de atrás de la casa de la piscina —me indicó dándome un pico rápido en los labios. Antes de que se fuera me aferré a su brazo con fuerza.

—¿No vienes conmigo? —dije nerviosa.

—Creo que el truco está en que nadie se dé cuenta de lo que vamos a hacer, amor —confesó con esa sonrisa pícaro que me hacía temblar de pies a cabeza.

Lo vi marcharse a saludar a los invitados, desprendía seguridad por to-

dos los poros de su piel. Me quedé unos segundos observándolo, sintiendo que las mariposas empezaban a hacer de las suyas en mi estómago. No quería admitir que me daba miedo ir allí sola, a oscuras y alejada de la gente.

Intentando controlar mi respiración cogí el chupito que estaba en la barra y me lo llevé a la boca. El líquido me tranquilizó durante unos segundos. Respiré hondo y me encaminé a la piscina que estaba más allá de la carpa en donde la gente bailaba y se divertía. Caminé por el borde intentando no caerme al agua hasta llegar a la pequeña casa que había detrás. Al otro lado estaban los árboles que la rodeaban y un poco más allá, el ruido de las olas del mar al chocar contra el acantilado me llegó hasta los oídos. Apoyé la espalda contra la pared trasera de la casa, aún escuchando los ruidos de los invitados y procurando no perder la compostura.

Cerré los ojos nerviosa y entonces lo oí llegar. Sus labios se posaron tan deprisa sobre los míos que apenas pude decir nada. Abrí los ojos y me encontré con su mirada.

Sus ojos lo decían todo.

—No tienes ni idea de cómo he echado de menos hacer esto —comentó cogiéndome del cuello y besándome suavemente.

Me derretí, literalmente, entre sus brazos.

—¡Dios... cómo he ansiado tocarte! —exclamó y sus manos me recorrieron el costado, de arriba abajo mientras su nariz acariciaba mi cuello con infinita lentitud.

Mis manos volaron hasta su nuca y lo atraje de nuevo a mi boca. Esta vez nos besamos con más desesperación, calentándonos como el fuego ardiente de un incendio, su lengua enroscándose ferozmente con la mía y su cuerpo apretándose contra mí. Quería tocarlo, quería sentir su piel bajo mis dedos.

—¿Me has echado de menos, pecas? —preguntó acariciando mi mejilla con una mano y observándome como si fuese yo el regalo y no al revés.

Intenté asentir, pero tenía la respiración tan acelerada que me salió un simple jadeo, que se intensificó cuando sus labios se dirigieron a mi cuello.

—No pienso volver a marcharme —dijo entre beso y beso.

Me reí sin alegría.

—Eso no depende de ti.

Me buscó con la mirada.

—Te llevaré conmigo... a donde sea que vaya.

—Suena muy romántico —respondí besándolo en la mandíbula.

Nick me sostuvo la cara con las manos.

—Lo digo en serio, tenía mono de ti.

Volví a reírme y entonces su boca me silenció con un beso lleno de pasión contenida.

—Quiero quitarte este maldito vestido —gruñó entre dientes levantándose el vestido hasta que este se quedó enrollado en torno a mi cintura. Sus ojos se clavaron en mi piel desnuda y me miró con el deseo reflejado en su mirada, un deseo oscuro alimentado por la distancia y el tiempo que habíamos estado separados.

—Te haría el amor durante toda la noche —soltó. Sus manos se detuvieron en el elástico de mi ropa interior.

Me estremecí de arriba abajo.

—¿Prefieres esperar? —preguntó con el deseo brillando en sus ojos oscurecidos—. Te llevaría a mi apartamento, pero supongo que te echarían de menos.

—Sí, supones bien... —dije mordiéndome el labio. Nunca lo había hecho con él en esas circunstancias, pero no quería esperar. Nick me apretó contra la pared y sentí el roce de su cuerpo excitado contra el mío.

—Lo haremos rápido, nadie nos verá —me aseguró al oído sin dejar de besarme.

Finalmente asentí con la cabeza y entonces sus dedos me bajaron la ropa interior hasta dejarla caer en el suelo.

Mis dedos se dirigieron a su corbata y tiré de ella hasta quitársela.

—Quiero verte —dije, apartándome.

Sonrió con ternura y me besó en la punta de la nariz. Me llevó mis manos hasta que las pude entrelazar en su nuca.

Lo observé sin moverme mientras se desabrochaba los pantalones. Un segundo después me tenía aprisionada contra la pared. Me miró dulcemente, con las pupilas dilatadas, preparándose con la mirada, transmitiendo miles de cosas. Me besó y entonces se introdujo en mi interior. Hacía meses que había empezado a tomar pastillas anticonceptivas y agradecí la sensación de sentirle de verdad, sin barreras. Se me escapó un grito ahogado y su mano se movió para taparme la boca.

—No puedes hacer ruido —me advirtió aún inmóvil.

Asentí con todos mis nervios en tensión. Empezó a moverse, despacio primero y acelerando el ritmo después. El placer empezó a crecer en mi interior con cada una de sus arremetidas, su mano se apartó de mi boca y me acarició allí donde más ansiaba su contacto.

—Nick...

—Espera... —me pidió sujetándose con fuerza por los muslos. Cerré los ojos intentando contenerme—. Hagámoslo juntos... —susurró en mi oído.

Sus dientes se apoderaron de mi labio inferior, me mordió y el placer en mi interior creció, hasta tal punto que ya no pude aguantarlo más. El grito que salió de mis labios fue amortiguado por su boca sobre la mía. Inmediatamente lo noté tensarse hasta que gruñó, acompañándose en ese viaje de placer infinito.

Eché mi cabeza hacia atrás, intentando controlar mi respiración, mientras Nicholas me sostenía fuertemente con sus brazos.

—Te quiero, Nick —declaré, cuando sus ojos se clavaron fijamente en los míos.

—Tú y yo no estamos hechos para estar separados —contestó.

NICHOLAS LEISTER HA SIDO CREADO PARA AMARGARME LA VIDA.

Cuando Noah se enamoró de Nick
sabía que su relación no iba a ser fácil: son polos
opuestos, fuego y electricidad, y cuando están juntos
saltan chispas... en todos los sentidos.

Hasta ahora, la pasión ha sido más fuerte
que el orgullo, pero la diferencia de edad,
la universidad, las fiestas, sus padres y los fantasmas
que los acechan los ponen a prueba una y otra vez,
como una bomba de tiempo que amenaza
con hacerlos estallar.

¿Está Noah realmente preparada para enfrentarse
a sus miedos y volver a confiar en alguien?

¿Podrá Nicholas dejar atrás su pasado y abrir el
corazón a una sola persona?

YFM RELATOS ROMÁNTICOS
Y DE RELACIONES INTERPERSONALES

ISBN 978-607-316-067-4



www.megustaleer.com.mx



/megustaleermexico



@megustaleermex

ellas.
montena